

SEGUNDO PREMIO

ILUSO: VIAJE A LA DUDA

Por Enrique Gómez Torreiro

Cuando a las 06.00h, tras casi 4 de desvelo, sonó la alarma del móvil se encontró repasando los 7 días que había pasado en el Norte durante esa Navidad.

Había dormido tres horas escasas y era hora de afrontar la "lotería" del viaje al Sur con cientos de kms por delante en coche.

Durante los primeros kilómetros pudo recordar sus pensamientos durante las horas de desvelo: Había sido una Navidad diferente, marcada por el aliciente de dos encuentros bien diferentes con Lunca.

Lunca e Iluso se habían encontrado por primera vez unos 25 años atrás, en un pueblo del Norte y rodeados de mucha gente, todos conocidos entre sí conviviendo en una misma casa de amigas comunes; concretamente el día en que murió Franco, el Caudillo.

Tras esporádicos encuentros en el Norte, Lunca se mudó al Sur por su trabajo y estuvo varias veces de visita en casa de Iluso.

Aparentemente congeniaban si bien hay que decir que Lunca pasaba por una reciente ruptura sentimental con su entonces novio. Eso la llevó a una platónica relación con Iluso pese a que declaró al principio que no era su tipo que duró un par de años hasta que ella regresó al Norte y reinició su relación con el hombre de su vida con quien finalmente se casó aunque antes ya había enviado a Iluso al limbo ...

Un día, tras un largo paréntesis, Iluso recibió una postal de Lunca donde le hablaba de su viaje de novios a Europa: Desde aquel momento Iluso desapareció de su vida por unos años y cuando volvieron a verse durante una Navidad ambos mantuvieron un escrupuloso respeto a sus nuevas formas de vida y jamás se recordaron su pasado.

Después continuaron viéndose al menos una vez por año casi siempre con amigos comunes.

Recientemente se ven más a menudo e incluso dan paseos a solas disfrutando del aire libre y de la compañía mutua (al menos Iluso) charlando de todo aunque sin explorar jamás en los sentimientos.

Tras una breve interrupción de sus pensamientos debido a una fuerte racha de lluvia, el conductor recordó como un momento clave un paseo por

una playa en que Lunca le cogió la mano para ilustrarle sobre la forma de pasear de otra pareja mayor conocida de ambos... Este retiró su mano casi bruscamente pues se había jurado muchas veces comportarse de acuerdo a las circunstancias de ella y aquel contacto le había trastornado y retrotraído a los primeros tiempos...

¡Atención... niebla! Eran bancos aislados pero el coche que le seguía hacía muchos kms. (el típico parásito de la ruta que aprovecha la estela de otro coche cuando la visibilidad es mala) circulaba peligrosamente cerca y había que concentrarse al máximo.

Superados los dichosos jirones y con los ojos gastados de tanto escudriñar la nada, se encontraba ya en el centro de la menor de las Castillas, haciendo tremendos esfuerzos por contener los bostezos: Hora de parar y desayunar, superados ya más de 300 kms. Lo hizo en un paraje aislado y ya conocido de otras veces.

Se notaba un cambio progresivo en el paisaje y pasaba del plato monótono y monocromo a estribaciones verdes y rocosas. El coche culebreaba y hubo que reducir la velocidad. Atrás quedaban las vides y el vino y una vez superado el puerto que hacía de frontera natural, llegarían los olivos y el aceite que tanto apreciaba Lunca, sobre todo el virgen de la primera extracción...

Ante él aparecía poco a poco el gran Sur, la otra forma de vivir la vida; la patria aparente del optimismo y la alegría. Iluso analizando rasgos de la sociedad y el folklore, pensaba en ocasiones que en realidad se trataba de un pesimismo histórico rodeado de luz y calor y vestido de colores... pero eso dependía de su estado de ánimo.

A Lunca también le gustan las ropas de colores aunque Iluso rara vez podía describir como iba vestida. Su examen visual casi nunca pasaba del pelo negro y sus ojos y su cara. Sin embargo recuerda que en su primer encuentro en Nochebuena, llevaba un chaquetón o similar negro y ayer algo blanco. Tremenda contradicción en cuanto a los resultados: color negro para la positiva y blanco para la decepcionante, como si se tratase del luto asiático...

Esta reflexión le llevó al día que transitaba precisamente por este paraje durante el viaje de ida, a punto de hacer la primera parada para desayunar...

¡Cuántas ilusiones —coloreadas— depositadas en aquel viaje! Desde la víspera había perdido ya más de veinte años y trataba de adivinar como iba a ser el primer encuentro el próximo domingo que por cierto no se pro-

dujo ya que se abortó telefónicamente por problemas en su familia y esa circunstancia evitó la frustración que ya sería la segunda tras la incomunicación del viaje anterior.

La Navidad pasada Iluso había intentado una cita que en principio ella quiso evitar pero se hizo el milagro.

¡Aquella si fue una verdadera Tarde-nochebuena!

Tras ponerse ambos al día en las noticias y el calendario de fiestas mientras recorrían siempre el mismo circuito urbano, llegó la despedida...

Hubo una comunión tal de impulsos que ambos se encontraron en un breve beso en la boca que Iluso prolongó unos segundos más. Después una corta carrera de ella sin volver la vista atrás hasta que una esquina la ocultó a Iluso quien se quedó parado por la sorpresa y preguntándose si aquello había sucedido.

Juraría que cuando fue a besarla ella había ofrecido sus labios al mismo tiempo que él los buscaba... Ahora sabía lo que era aquello que la gente llamaba el espíritu de la navidad. Por una vez Iluso había probado el turrón y el espíritu pero fue tan repentino y fugaz que apenas pudo disfrutarlo.

Los coches subían las últimas rampas del puerto, camino del reino de los olivos y el conductor se dio cuenta entonces de que iba apurado de gasolina. Cuando llegó, desviándose, a la gasolinera observó que había recorrido exactamente 499 kms. y 4 horas sin parar desde el desayuno y decidió seguir algo más antes de comer.

En cuanto retornó la autovía, los recuerdos entraron de nuevo en la mente sin llamar... El intento de apresar la imagen de Lunca e Iluso besándose trajo de la mano el recuerdo del último encuentro, el de ayer. Ojalá no se hubiese producido pues empañó la alegría del otro y fue una gran decepción para Iluso al no haber continuidad del espíritu anterior ni beso; otro beso, sin lengua como dicen los niños.

Hubo uno en la mejilla de Lunca y un "no puede ser" ante la insistencia de Iluso que recibió después un beso al aire cuando ella se hubo alejado ya unos metros. Él hizo un ademán como para esquivarlo y recordó un verso de ella: .. "soplaré ilusiones con mis labios" o algo así y sintió que 10 que le habían "soplado" era su ilusión.

Se recriminó entonces el ser insistente como olas del mar y persistente como el chirimiri, Después del primer encuentro telefoneó varias veces a Lunca para poder veda de nuevo y le pareció notar que ella le rehuía y le daba largas pero uno es como es, más cabezón que tozudo y machacó hasta conseguir un sí al borde del tiempo límite que se habían puesto.

Ahora se encontraba de regreso, había recogido de nuevo sus veinte años perdidos a la ida y notó que siendo exactamente los mismos años, pesaban mucho más...

Nada más retomar la autovía, los pensamientos y recuerdos entraron a saco en la mente del conductor, sin pedir permiso ni darle un respiro:

Realmente había sido un último paseo aséptico como los de los primeros años del re-encuentro. Iluso se angustiaba porque no encontraba la forma de profundizar en la conversación. Se moría por tocarla pero salvo un beso robado en la mejilla, no hubo ocasión.

—“Si al menos lloviera...”, dijo él en voz alta: Algo de lluvia para acercarse y tocarse al amparo del paraguas. Un leve viento abortó la muy posible lluvia y el encuentro agonizaba por la tiranía de un tiempo limitado.

Tal vez él no supo comunicar su propia ilusión, en parte por si se violentaba Lunca al recordarle la anterior despedida.

De todos modos ella parecía tan pragmática que quizás no se permitía la sensación de vivir dos o más vidas y su aparente conservadurismo le impedía vivir en el filo de la navaja como hacía Iluso.

Cabía también la posibilidad de que ella fuera tan valiente ante la vida real que no necesitara de su propia burbuja aunque era bastante hermética. Iluso es cobarde ante la realidad de su vida y necesita buscarse una ilusión o aislarse a menudo.

El caso es que parecía que ambos no estaban a gusto con su rutina y el hecho de acercarse de nuevo indicaba que les faltaba algo o no lo tenían todo...

Puede que entonces el recuerdo de juventud apareciese ante ellos como un flotador en la mar encrespada y sintieran añoranza de lo que pudo haber sido y no fue aunque nunca se sabe cómo habría resultado. Lo único cierto y grande era recuperar aquella antigua ilusión.

Ya con más de 800 kms. a su espalda, el viajero volvió a parar. Otros viajeros se agolpaban en la barra pidiendo de comer pero él, queriendo ser un conductor prudente y evitar el sueño, pidió un bocadillo de queso y un botellín de agua que fue bebiendo a sorbos entre paseo y paseo por la explanada del restaurante.

Estaba ya a los pies de la gran cumbre blanca que guarda la ciudad más mora. Hacía azul y calor; una zancadilla al invierno regente y un guiño a la futura primavera.

A las 15.00h. emprendió la ruta más despierto y con nuevos bríos.

(Y ya que lo miento: ¡Voto a bríos! que decían nuestros antepasados, los de la armadura y el cinturón de castidad). Nada más arrancar ya estaban los pensamientos agolpándose para entrar y tomar posesión; no había tregua posible...

Iluso pensó que tal vez aquella despedida había sido la definitiva y sonrió a pesar de la tristeza porque habían tenido un segundo capítulo de su particular "Puentes de Madison" y aquí tampoco hubo sexo. Por lo demás él supo que moriría antes y escribiría algo por o para ella, aunque difícilmente sería publicado.

La siguiente idea fue tan peregrina como la de llamar al alcalde de la ciudad de Lunca para que editara un bando prohibiendo las despedidas en aquella dichosa zona del barrio. Prácticamente fue en el mismo lugar donde se habían despedido —dentro del coche de ella— en Primavera después de haber pasado casi todo el día juntos, paseando y renunciando a comer.

Él la besó intensamente en una mejilla pero ella no correspondió e Iluso pensó que había sido mucho día para tan pobre adiós...

(Esa fue al menos su impresión y, en todo caso, ésta es su propia versión de los hechos).

Esta extravagancia y aparente frivolidad cuando Iluso ya se había puesto en lo peor, quería decir, sencillamente, que su orgullo comenzaba a trabajar para protegerle.

Si Lunca lo enviaba al limbo otra vez, o al quinto carajo —dependiendo de las formas— él permanecería ahí, haciendo honor a la frase que provocó la carcajada de ella cuando se la dijo ayer: "soy tu valor seguro"; pero nunca más la molestaría ni haría por verla...

¡Y todo por una fría despedida! Cierto. Pero ya era la segunda y si a eso le añadimos una dosis de pesimismo al no recibir ninguna palabra o un gesto de aliento por parte de ella, su desazón era comprensible.

Y es que Iluso —consciente de que su peligroso transitar por la vida en los últimos tiempos puede acabar en esquila en cualquier momento— suele cuidar mucho (a diferencia del Nobel colombiano) sus despedidas y muestras de cariño hacia las personas queridas, lo que no es una gran proeza pues no se precisa calculadora para contarlas...

(Tú y yo, invisible amigo, tenemos una edad; nuestros años circulan ya siempre por autopista y hemos oído y conocido muchas tragedias... sabemos de la importancia de los pequeños detalles, de que hay que vivir el momento y de que cada vez se nos ofrecen menos ocasiones para tocar un poco de felicidad.

Sabemos también que la felicidad es esa meta que cada día, alguien, nos cambia de sitio pero ¡chitón!: Eso es alto secreto).

El termómetro subió de 16° a 23° en el último tramo de la ruta: Estábamos en el Mediterráneo y se notaba. Eran casi las 16.00h y había dejado atrás más de mil kms. a demasiada velocidad, casi a la de su galopante pensamiento.

Descarga de equipaje y ducha para el conductor que salió a pasear para estirar las piernas sin probar bocado. Las paredes le ahogaban y esperaba que sus ojos encontrasen por la calle algo que distrajera su atención y le librase de la tiranía de sus pensamientos.

De regreso en casa, intentó esquivar aquella honda opresión leyendo la correspondencia y trazando un plan para mañana, día del ocaso del año.

Después todos serían días, meses y años de oscura rutina, pensó.

Miró su ordenador pero no hizo ademán de abrirlo.

Pensó en ese mismo instante en escribir a Lunca para contarle sus impresiones, sus recuerdos y su versión 10 sucedido en esas cortas vacaciones. Lo haría pronto, en cuanto tuviese tiempo, y pensaba dividirlo en capítulos, uno por uno, para alargar lo más posible su desesperanza...

Después era ya cosa de ella: Podía escribir un sólo capítulo de prólogo y epílogo; varios como Iluso o simplemente tampoco en ésta ocasión se mojaría, cerrando definitivamente nuestras vidas de un portazo...

¡Aquella horrible opresión en el pecho...!